

Las potencialidades de la Reserva Ecológica Ciudad Universitaria-Costanera Norte.

[Adriel Magnetti](#) -16/abr/2018

Fuente: <https://m.facebook.com/notes/adri-magnetti/las-potencialidades-de-la-reserva-ecol%C3%B3gica-ciudad-universitaria-costanera-norte/10155626712730756/>

De sólo recorrer un puñado de horas los existentes y no existentes senderos del vergel urbano que toma lugar en el fondo norteño de la Ciudad, uno se siente más que inspirado. Los colores y las texturas puedan viajar la mente, más aún combinados con aromas a flores o al agua del humedal, transmitiendo un entorno.

Sitio maravilla si los hay, tan al alcance de todo el mundo y esa puede ser su ventaja y su lápida. Usos descontrolados, libertinaje, apropiación (indebida?), pueden comprometer el futuro de los grandes valores alojados en el hito norteño de la CABA.

Sotobosques impensados para un terreno origen de los rellenos sobre el río. Comunidades de vegetales que son esperables de un ambiente original, pero degradado. Trepadoras, si, todas las trepadoras típicas podemos encontrar. En los lugares más disturbios predominan las Ipomoeas invadiendo, tapando todo a su paso. Pero en los lugares más refugiados de los impactos, esos con más resiliencia a los disturbios, hay Tasis, hay Cissus en forma de cortinas, hay papas, hay passionarias, hay serjanias, hay uñas. También hay damas de noche y algún descuido también hay porotillos. Faltan las menos comunes. Pero las típicas están ahí.

Tallos inmensos, troncos enredados, huecos en las maderas, pozos en las horquetas. Hongos, líquenes, musgos. Algas en el canal del humedal. Macrófitas sumergidas. Nidos, insectos, roedores, túneles, más escondites no podría haber. Es que la península estuvo 50 años ahí, formándose, dejando que todo fluya. Así, pasamos de un humedal lleno de agua tipo espejo de bote a bote a tener menos agua que Costanera Sur. El cuerpo de agua se colmata, se llena de sedimento porque el estuario del Plata que lo forma, es muy sedimentoso. Nutrientes desde la mata sub-atlantica bajan por el cauce del Paraná y por eso tenemos un bosque ribereño, en sucesión a una selva marginal, sobre el borde norte. Anacahuitas, curupies, palos amarillos, timboes, sauces, ceibos, alisos. Pajonales, cuchareros, sagitarias, camalotes y catays. Margaritas, Pastos de elefantes y jazmines. Totoraes, juncales y canutillos.

Los cortaderales están hoy retirados, pero solo porque los han arrasado. Fruto de una “lechadita de hormigón” que hace 10 años hubo que ejecutar para finalizar el presupuesto de una administración. Es que hace falta mirar la historia para entender: registros históricos de aves bien de pastizal, fotos que muestran coberturas amplias de vegetación baja nos remiten a otra realidad: había nichos para los penachos, las chilcas y las flechillas. Sepultadas por el cemento y la hoy llamada ‘zona urbanizada’. La falta de atención sobre el lugar: 20 años continuos de rellenos sanitarios directo sobre el río -que por deriva forman la

península que hoy tenemos- y 20 años más arrojando desechos como basura o efluentes, sin medir ninguna consecuencia sobre el ambiente en general.

Los espinillos se abren paso frente a los pastos exóticos. Dónde hay un cardenchal y un campo de sorgo, hoy se genera una sabana de espinillos que solitos van armando su ambiente, atrayendo a todo tipo de fauna que se acerca hipnotizada por los servicios que brinda el aroma. Después de los años, esta compuesta se ha vuelto emblema de la resistencia. Sobrelleva incendios, brota mucho en temporadas secas, florece en invierno cuando todos están dormidos, es realmente, un estandarte de poder que se enaltece en el hito norteño, de origen artificial pero de corazón nativo.

La marea se combina con la luna, que se unifica con la sudestada, para modelar, regular y condicionar el destino de los orillas de bosque. Cada ejemplar sabe a lo que se enfrenta, desde el mismísimo momento de su germinación, sobrevive a taparse completamente de agua, a la sombra de los ya adultos, no siempre nativos que aportan kilos de nuevas semillas al año. He aquí la luz de la solución a semejante expresión de ambientes modificados o “neo-ecosistemas”. Colinas y lomas generadas por la intervención humana, dejan en el medio del bosque, además de un albardón de orilla naturalizado y una barranca hacia la terraza alta, desniveles que deben aprovecharse por su capacidad de drenaje hacia los vallecitos. Se ha observado cómo estas formaciones se llenan de agua bajo un régimen de humedad intenso como lluvias o crecida del río por períodos prolongados, elevando el nivel de la napa, que brota en sitios bajos. La terraza baja tiene características para ser un gran talar o bien un bosque húmedo de composición similar al monte ribereño de ceibos, sauce y curupés. La falta de iluminación actual provocada por la presencia de ejemplares exóticos muy grandes como eucaliptos y paraísos (además de alguna tipa, arce y fresno) desalienta la opción seca, pero la falta de humedad en buena parte del año -como la temporada estival- no ayuda para el mantenimiento del ciclo necesario en los montes de ribera. No existe una planicie de inundación en dónde está el bosque. Eso ocurre en el humedal propiamente dicho, colonizado por palustres y acuáticas, que se ven alimentadas cuando el régimen del Plata está en la alta, y se generan arroyuelos, canales menores y hasta lagunitas en los claros de vegetación. El agua llega a todos los sitios, las balsas de pasto de elefante y jazmín llega a 1m de distancia del metal rojo. Las sagitarias, comidas por los coipos y los cuchareros, quedan completamente sumergidos, al igual que el único componente exótico del humedal: el lirio amarillo. Hoy confinado a pequeños manchones que son un amenaza dada la excelente presión positiva de la comunidad nativa. Un disturbio como un incendio en época de frío podría revertir el panorama, por lo que debe evitarse a toda costa y manejar de la forma más delicada los pocos manchones existentes para contener su crecimiento. El monte blanco emerge. Las semillas llegan y solo falta que el equilibrio se instale como patrón. Habrá que incorporar canelones, mataojos y tarumas para enriquecer las orillas. Blanquillos, murtas y las especies de matorras deberán ser bien ubicadas para asegurar su supervivencia. Evaluar la tasa de dispersión de estos primeros ejemplares será clave. Ya existen en la Reserva especies que están instalas y el banco de semillas cuenta con recambio para ellas: anacahuita, tala, curupí, ceibos, entre las leñosas y algunas herbáceas que aparecen inequívocamente.

El bosque seco que ya se desarrolla por sí mismo, pero requiere de un enriquecimiento para despegar de su identidad desoladora frente a un entorno que presiona, es el espinillar del

aromo mayor. Un ejemplares de 20 o 30 años de solvencia, dió paso a un bosquecillo que alojado en un rincón y rodeado de amenaza, ya permitió la llegada un tala. Agregar todos los representantes de la formación boscosa de Buenos Aires es un desafío de restauración que debe plantearse como labor de una materia de biología, pero sin olvidarse el trabajo conjunto de la carrera de paisaje. Fauna endémica, flora relictual, valores patrimoniales inigualables se esconden tras la esquina en la fantástica oportunidad de recrear un talar bonaerense.

El trabajo en el pastizal será más difícil. La matriz presente es de un arraigo complejo. Cañas, cardos, sorgos y varias arbustivas resistentes. Un enemigo latente de las áreas abiertas con soleo intenso aporta otro elemento de riesgo: la campanilla (*Ipomoea cairica*). Ahogando todo y cubriendo más de lo que el sistema nativo puede avanzar. Requiere de un freno definitivo y un mantenimiento de la labor sobre la especie, hasta quizás con Plan concreto para el manejo de la misma.

En este último sentido, el óvalo central es el más deteriorado de los ambientes bajos. Disturbios permanentes y un nivel de invasión altísimo, reduce a algunos manchones de *Solanum bonariensis*, algunas Malvaceas, algunas chilcas en los bordes o pocas pérdidas en en medio de los cañaverales y escasos ejemplares de espinal que quizás puedan rebrotar luego de los fuegos, lo único nativo con lo que cuenta la gran superficie alargada. En el norte y en el sur están las claves de la comunidad climáxica de la pampa. LLanos de Poas y alguna *Stipa*, *Baccharis* y compuestas varias dan una sensación algo más cercana a la región en la zona boreal, limitada por murallones y con grandes oportunidades para la práctica de quema prescrita por su altura y aislación. El anillado de algunos ejemplares que restaron de otra época con más leñosas por esa zona, tranquilizará el fervor de brotar de las foráneas luego del fuego. También hay que decir que acá sí la pampa tiene el ombú: un hermoso individuo casi marginal, pero de cara al río para no olvidarse de la brisa seca del pampero (ya que mira al norte), promete crecer sin competencia, cual plaza, de momento podemos guardarlo como símbolo y que treparlo pueda ser una de las didácticas en el futuro con escuelas. Por allí cerca, un mirador contra los gaviones y al lado de un curupí le dará una magia al acercamiento al río.

En el sur la cosa se profesionaliza, porque el pastizal muestra elegancia, perfume francés y estabilidad. Hace rato que no se quema y eso dejó tranquilas a las cortaderas, en paz a los chilcales, pero más aún a las flechillas y a los pastos colorados. Hay valores allí que contrastan contra un verde brillante y una fragancia dulce, pero con susurros permanentes de estudiantes inquietos. Que no les basta con querer salvar al mundo, así que conspiran frente al II que los vigila.

La pileta austral conteniendo el rebote del agua marrón que ya se purificó con besos de paja brava y con la tinta rosa de la de río, que ya baño de gris todas las hojas de aquellas que sobre el humedal se asentaron. Se ven 3 formaciones insulares. Parecen sedimentarias. Lo son, pero no solo por allí vino su origen. 2006, tierra de máquinas y lío. Se secó buena parte del humedal y toda la parte sur de la Reserva tuvo un renacimiento desde esa fecha. Muchas de las cosas que crecen, dataron su natalicio por esa época, no antes. Es que pasaron todas las aplanadoras, palas y cargueros que la península podía soportar. Se modelaron islotes con terrazas de 3 niveles y se dejaron ser algunos árboles que allí

aguantaron. Sobre las orillas de una de estas, una anacahuita madre de muchas otras, resistió. Oportunidadespreciadas si las hay: albardones escarpados, solo helechos crecen en ellos; aislamiento casi total de la península y humedad con fauna que visita, son las condiciones de libro para experimentar recuperación del monte blanco. Otra vez, proyecto, materia y grupo de investigación deben estar al servicio. Costo de traslado: 15 escalones. Allí mismo queda el ceibal acordonado por murallones. Erythrinas de 11 años se refugian con un pajonal en la puerta, que año a año crece sobre banco de sedimento que restó de aquella intervención. Algunos representantes del matorral ribereño podrían enriquecer la experiencia de paseo por el límite con el Campus. Carpincheras, sesbanias, algodónillo, rama negra, amor porteño, Mikanias, passionarias y los céspedes ya presentes. También hay un curupí joven, y unas pequeñas anacahuitas. Varias palustres como el duraznillo de agua o verdolaga, asoma con flor amarilla desde principios del verano. Allí hace falta anillar un alcanforero y retirar las leñosas del otro extremo donde el terreno sube para dar paso a la transición con la terraza alta donde el pastizal austral aparece. Solo moras y ricinos, que como en el resto de la Reserva, no deberías presentar mayores inconvenientes.

El bosque del sur pide a gritos ayuda para que no nos olvidemos de él. Sus orillas son mucho más inclinadas y ha sido más degradado a lo largo de los años. Hoy, frente a una zonificación de uso, se podrían aprovechar algunos valores ricos para la observación como las islas y los doseles de uña de gato para armar senderos con sitios de descanso, favoreciendo el uso público más intenso. Recorridos más familiares, con menos dificultad y más libertad para interpretar. En comparación con el bosque del norte que promete mayor contenido en sus cartelarias y una experiencias más inmersiva en los ambientes rioplatenses. Quizás el sur, ingresando por plaza de la Concordia, con posibilidad de sumar el pastizal al recorrido, sea la opción para los visitantes que llegan con poco tiempo, pero con ganas de experimentar algo del Hito Norteño.

Que comunidad restaurar en sur es un misterio. No se cuenta aún con la información necesaria y hoy está reparada del viento típico porque baja su nivel luego de una barranca leve. Podría haber más espinal, pero la selva marginal platense no parece viable por la falta de ciclo de inundación y anegamiento de las márgenes. El agua ha modelado para otra cosa. La costa del Río de la Plata es lo más fácil, de comprender y de llevar a cabo. En la fase con árboles desde la entrada del humedal hasta el primer muelle, se debe retirar/anillar las exóticas y completar con algunas estacas de sauce y aliso. Lo demás se generará solo y abre otra ventana para el monitoreo de la recuperación de la orilla rioplatense. En los muelles, la escollera suele taparse, pero cuando tocan temporadas con un régimen menos intenso, en algunos ángulos se forman los juncales; es cuestión de dejarlos. No requiere manejo activo. Será una restauración pasiva, donde la arena y la resaca irán formando el suelo que sepultó la roca partida de la escollera, sobre ellas el juncal y todos sus amigos. Eso protegerá a la costa, eso amortiguará las inundaciones, eso permitirá que el visitante que venga a Ciudad Universitaria, conozca un fragmento de como era originalmente, la costa de Buenos Aires.